

Al denunciar el fanatismo y la injusticia social, «La guerra del fin del mundo» (1981) propone el escepticismo y la condena de la violencia

Euclides da Cunha, corresponsal de guerra para el periódico brasileño «*Jornal do Estado de São-Paulo*» entró en literatura por un libro sensacional, «*Os Sertões*», publicado en 1902. Cuenta, de manera objetiva e histórica, la rebelión de una pequeña ciudad del Nordeste brasileño, Canudos, contra la joven república brasileña durante el año 1897, bajo la dirección espiritual de un predicador idealista y fanático, Antonio Vicente Mendes Maciel, llamado por sus adeptos Antonio el Consejero. Este, recorriendo los pueblos del Norte brasileño, lamenta la ausencia de los párrocos en muchas iglesias, multiplica las oraciones y las prácticas religiosas para reanimar con su ejemplo la fe católica, anunciando catástrofes telúricas para el fin del siglo, catástrofes a las que había que prepararse. Finalmente, persuade a sus fieles a rebelarse contra el Gobierno central.

El libro de Euclides da Cunha cuenta detalladamente las cinco expediciones del ejército republicano para acabar con la rebelión de Canudos, expediciones cada vez más importantes hasta la victoria final, facilitada por la intervención personal del Ministro de la Defensa.

Mario Vargas Llosa ha mantenido este telón histórico como decoro de una amplia epopeya que dominan unos personajes importantes, algunos de los cuales se deben a su imaginación.

Para estigmatizar la hipocresía y la astucia de los políticos, el autor pone en escena la figura de Epaminondas Gonçalves, director de un periódico (*O jornal de Notícias*) y miembro del Partido Republicano Progresista: arribista, multiplica las intrigas y las mentiras para conseguir el puesto de Gobernador de Bahía. Utilizará para esto, la ingenuidad de un anarquista escocés, Galileo Gall, que presentará como provocador extranjero, después de haberle pagado personalmente para abastecer con armas el movimiento rebelde de Canudos.

El Barón de Cañabrava, poderoso latifundista del Estado de Bahía, presentará los defectos de su casta pero también la generosidad patriarcal de los grandes señores.

Después de perder la mitad de su fortuna con el incendio de su quinta de Calumbí y también la sensatez de su mujer, decide abandonar la política que le ha disgustado. Su encuentro con el coronel Moreira César será capital para entender las oposiciones de mentalidades.

El Coronel Moreira César, que lleva el apodo de «Rompepescuezo» es un héroe republicano, idealista, opuesto a los conservadores y al ex-Imperio brasileño. Pero su carácter implacable, radical en todo, lo revela como autoritario, brutal, y cruel. Exterminará la rebelión de los Cristeros como incendiará la quinta del Barón.

Citaremos unas declaraciones suyas que lo pintan perfectamente:

— Odio a los terratenientes locales y a los mercaderes ingleses que han mantenido esta región en la prehistoria.

— Odio a quienes el azúcar les interesaba más que la gente de Brasil.

Contesta el Barón:

— ¿A los comerciantes norteamericanos que el Sur recibe a brazos abiertos les interesaba la gente o sólo el café?

— Con ellos llegan las máquinas, la técnica, el dinero que necesita el Brasil para su progreso... Es algo que no entenderán nunca los dueños de esclavos, Barón de Cañabrava.

El Barón:

— Esos miserables no tienen armas modernas de ninguna clase. Las balas explosivas son proyectiles de limonita o hematita parda si prefiere el nombre técnico, un mineral que abunda en la Sierra de Bendengó y que los sertaneros usan para sus escopetas desde siempre.

Así replica el Barón a las acusaciones de la prensa según las cuales los yagunzos utilizaban armas particularmente salvajes. Y a la acusación de utilizar fusiles extranjeros añade:

Los fusiles ingleses... los trajo Epaminondas Gonçalves, su más feriente partidario en Bahía, para acusarnos de complicidad con una potencia extranjera y los yagunzos. Y en cuanto a la espía inglesa de Ipuipará, también lo fabricó él, mandando asesinar a un pobre diablo (Galileo Gall) que para su desgracia es rubio. ¿Sabía usted esto?

El coronel Moreira César replica de manera definitiva con un elogio de la dictadura militar que hace pensar en el movimiento de los coroneles en el Perú que, desde 1969, tentaron romper con la parálisis política y hacer progresar el país hacia un socialismo estatal que finalmente cambió el capitalismo agrario por un capitalismo industrial.

— Hay una rebelión de gentes que rechazan la República y que ha

derrotado a dos expediciones militares... Son instrumentos de quienes han aceptado la República sólo para traicionarla mejor, apoderarse de ella y, cambiando unos nombres, mantener el sistema tradicional...

Ahora hay un presidente civil, un régimen de partidos que divide y paraliza el país, un Parlamento donde todo esfuerzo para cambiar las cosas puede ser demorado y desnaturalizado con las artimañas en las que ustedes son diestros...

Brasil no seguirá siendo el feudo que explotan hace siglos. Para esto está el ejército. Para imponer la unidad nacional, para traer el progreso, para establecer la igualdad entre los brasileños y hacer el país moderno y fuerte...

No lo entenderá porque *usted es el pasado*, alguien que mira atrás... *usted y yo somos enemigos mortales. Nuestra guerra es sin cuartel y no tenemos más que hablar.*

Pero los protagonistas más importantes son un periodista miope y Galileo Gall. Este periodista, figura primeramente antipática, es un ser cobarde, indiscreto, mal educado, insinuante por curiosidad pero finalmente digno de consideración por su perseverancia en acompañar al Estado Mayor, a correr riesgos para dar cuenta en su periódico de los detalles de la campaña de Canudos, para poder escribir la historia auténtica de los acontecimientos por ambos lados, hacer comprender el heroísmo y la fe primitiva de los fanáticos rebeldes de Canudos, como el deseo de los militares de acabar con una rebelión que pone en peligro la confianza en el carácter democrático y progresista de la joven República brasileña.

También quiere relatar los sufrimientos conocidos por los combatientes: enfermedades, sed, crueldad de los combates.

Aparecerá finalmente como el portavoz del autor, simpático por todos los sufrimientos y riesgos que ha aceptado a pesar de su cobardía. Conmoverá también a su ex-maestro, el barón de Cañabrava que lo empleaba en su periódico y a una pobre campesina, Jurema, que había pasado con él por los mismos trances y peligros mortales.

Gracias a ella, tendrá finalmente un alma para quererlo y ser querida. Decidido a relatar la verdad, seguirá al ejército de la represión hasta el desenlace final.

Los personajes secundarios son la tropa de trovadores ambulantes, con el Enano, el Gitano, la Barbuda, etc. que circulan por los pueblos rebeldes. Son también la muchedumbre de cangaceiros, gauchos, yagunzos, bandidos anteriormente y ahora redimidos por adherir a la causa del Consejero.

Este, con el Beatito y María Quadrados fascinan a sus devotos fanáticos que imaginan poder romper con la República y crear una nueva Jerusalén primitiva y auténticamente cristiana en Canudos.

Se notan ciertos oficiales, entre los cuales está el coronel Moreira César, militar enérgico y estratega de gran voluntad, decidido a defender la República pero incapaz de comprensión política, de tolerancia, de sensibilidad cualquiera. Su enfrentamiento con el barón de Cañabrava será un fracaso motivado por sus prejuicios políticos y absolutistas.

Pero el personaje dominante de la novela es Galileo Gall. Ha nacido en Escocia de un padre médico quien intentó propagar las ideas de Bakunin y de Proudhon por un folleto libertario. Inculcó a su hijo los principios de su propio maestro, Franz-Joseph Gall, anatomista fundador de la frenología. Pensaba que la Revolución podía liberar a la sociedad pero sus ideas lo obligaron a emigrar al sur de Francia, de donde fue finalmente exiliado a las cárceles de Cayenne en la Guyana francesa. Antes de morir allí, dio el nombre de Gall a su hijo como símbolo de su admiración por el ilustre frenólogo.

Tal hijo, acusado de complicidad, fue encarcelado durante cinco años antes de poder refugiarse en París. Empezó la publicación de un periódico anarquista, *L'Étincelle*. Después de presenciar en 1870 la represión de los versalleses, escapó otra vez a Barcelona donde estudió, como su padre, medicina y frenología hasta asaltar la ciudadela de Montjuich con unos adeptos a su ideal de libertad y de progreso social.

Médico a bordo de un barco alemán, será finalmente rogado en las playas del Nordeste brasileño, después de un naufragio.

En aquel momento —1894— la esclavitud había sido suprimida desde hacía sólo seis años. Seducido por la mezcla de culturas y de razas del país, por la efervescencia sociopolítica de la joven nación, Galileo Gall decide quedarse y asiste a la rebelión de Canudos. Esta tiene orígenes varios:

El nacimiento de la República impuso la separación del Estado y de la Iglesia, la libertad de los cultos, el matrimonio civil. Para los espíritus conservadores apareció así la República como el Anticristo, por la ruptura brutal de todas las tradiciones.

El Consejero, que había empezado sus primeras peregrinaciones en 1877, cuando la gran sequía del Nordeste, recuperó esta hostilidad y concentró la oposición popular contra las nuevas medidas republicanas.

Gall, ateo solitario pero idealista, se interesó rápidamente por las injusticias sociales y por los esclavos, víctimas torturadas desde siglos por poderosos terratenientes. Sabía que un siglo antes, un bahiano había tentado ya de establecer una sociedad igualitaria compuesta de varias razas humanas, entre blancos, pardos y negros. Entonces su simpatía se despertó por los yagunzos de Canudos, ya que si

Un grupo de explotados se ha apropiado de los bienes de un aristócrata *siempre suena grato* a los oídos de un revolucionario, *aun cuando esos pobres sean fanáticos religiosos...* que ellos rechazan el matrimonio civil y practican *...la institución del amor libre... la libre paternidad, la desaparición de la infame frontera entre hijos legítimos e ilegítimos, la convicción de que el hombre no hereda la dignidad ni la indignidad...* (M. Vargas Llosa, *La Guerra del fin del mundo*, p. 54)

En Canudos, hombres humildes e inexperimentados están, a fuerza de instinto e imaginación, llevando a la práctica muchas cosas que los revolucionarios europeos sabemos necesarias para implantar la justicia en la tierra... (Idem, *Op. cit.*, p. 55)

El bandido es un rebelde que se ignora, y recordáis que en los días dramáticos de la *Commune*, muchos hermanos considerados delincuentes y salidos de la cárcel de la burguesía, estuvieron en la vanguardia de la lucha, *hombro a hombro* con los trabajadores, dando pruebas de generosidad y heroísmo (Id., *Op. cit.*, p. 56).

Piensa en:

Una ciudad libertaria, sin dinero, sin amor, sin policías, sin curas, sin banqueros, sin hacendados, un mundo construido con la fe y la sangre de los pobres más pobres... (Id., *op. cit.*, p. 221).

Imagina además:

Un día desaparecerá la palabra patria... La gente mirará hacia atrás, hacia nosotros, encerrados en fronteras, entrematándonos por rayas en los mapas, y dirá: ¡qué estúpidos fueron! (*Op. cit.*, p. 223).

Añade amargo:

Eran jóvenes, fuertes, bonitas. ¿Quién los volvió así? ¿Dios? Las canallas los malvados, los ricos, los sanos, los egoístas, los poderosos.

Y estimula a los yagunzos para que pasen a la acción directa:

No os resignéis, hermanos. Desde el fondo de vuestra desgracia, *rebelaos*, como vuestros hermanos de Canudos. *Ocupad las tierras, las casas, apoderaos de los bienes de aquellos* que se apoderaron de vuestra juventud, que os robaron vuestra salud, vuestra humanidad.

El barón de Cañabrava ha podido entender su opinión sin poder aprobarla:

Todo lo que anhela es ir a morir como un perro entre gentes que no lo entienden y a los que no entiende. Cree que va a morir como un hé-

roe y en realidad va a morir como lo que teme: *como un idiota*. (Op., cit., p. 242).

Sin embargo tiene mucho respeto por su idealismo:

...Esa lealtad nunca había incumplido, algo que podía dar un semblante de orden al desorden: *su pasión revolucionaria, su gran odio a la infelicidad y a la injusticia que padecían tantos hombres, su voluntad de contribuir de algún modo a que ello cambiara...* ¿Qué podría entender de sus ideales un terrateniente aristócrata que vivía como si la Revolución francesa no hubiera tenido lugar? Alguien que consideraba «idealismo» como una mala palabra? ¿Qué podía entender de Canudos la persona a quien los yagunzos le arrebataron una hacienda y le estaban quemando otra? (Op., cit., p. 252).

Sin embargo, Galileo Gall prefiere unir sus esfuerzos revolucionarios a los de los yagunzos, a pesar de no aceptar su concepción religiosa:

La religión era... lo que había escrito Hume, *un sueño de hombres enfermos*, pero en ciertos casos, como el de Canudos, *podía servir para arrancar a las víctimas sociales de su pasividad y empujarlas a la acción revolucionaria*, en el curso de la cual *las verdades científicas, racionales, irían sustituyendo a los mitos y fetiches irracionales*. (Op., cit., p. 252).

La ingenuidad de Gall conmueve al barón que acaba por declarar:

El pobre diablo estaba convencido que Canudos es la fraternidad universal, el paraíso materialista, hablaba de los yagunzos como de correccionarios políticos. *Era imposible no sentir ternura por él*. (Op., cit., p. 272.)

En realidad, Gall presenta convicciones muy actuales del idealismo de los jóvenes europeos que luchan contra una sociedad capitalista marchitada que quieren derrocar, modificar, reorientar.

Pero no encuentra eco. Comprende que su anarquismo no recogerá simpatía por ninguna parte porque adelanta las ideas de su siglo. Entonces decide sostener, apoyar a la gente cristiana de Canudos por estar ella también contra el interés, la posesión materialista, la opresión.

Se une con ella porque tiene los mismos enemigos sin tener las mismas creencias. Adopta la política seguida por cantidad de progresistas que sostienen la acción del obispo de Recife, Monseñor Helder Cámara, sin compartir totalmente sus ideas pero aprobando su acción generosa en favor de los pobres, de los desamparados al nordeste brasileño.

Extremadamente simpático, Gall decide servir una causa que le parece si no justa por lo menos parcialmente defendible. Persigue efectivamente

los mismos objetivos sociopolíticos: la redistribución de las riquezas, la generosidad y la ayuda mutua, la supresión del dinero y de los intereses personales, la defensa de un comunismo primitivo en lo que coinciden anarquistas y cristianos auténticos.

El carácter utópico y erróneo de tales opiniones los llevarán desgraciadamente a la ruina y a la muerte. El autor pone así de relieve el fanatismo político y religioso de la época. Subraya que los de Canudos consideran a los republicanos, a los demócratas, a los ateos y a los masones de la misma manera, sin matices, como diablos o como perros.

La estigmatización de la Masonería considerada como un movimiento misterioso y más antirreligioso que anticlerical, revela además una confusión o mejor una ignorancia profunda de sus características. La Masonería americana, del Norte y del Sur, conforme con la Masonería británica es profundamente religiosa. Diremos más, ignora el ateísmo que condenó desde las Constituciones de Anderson por ser estúpido. Sólo en Europa, las obediencias particulares como el Gran Oriente de Francia y su hermana, el Orden de masonería mixta, el Derecho humano, integrando tanto a mujeres como a varones, defienden una tolerancia filosófica total. És decir que aceptan entre sus miembros tanto a ateos como a cristianos.

Eso tiene como consecuencia que llevan a una mayoría de hermanos ateos o protestantes o musulmanes o israelitas, mucho más tolerantes entre ellos que los hermanos católicos; es, pues, el Gran Oriente de Francia y sus asociaciones hermanas en España, Suiza, Italia, Holanda, Bélgica, Turquía que se han revelado anticlericales pero no antirreligiosas, por motivos históricos evidentes; La Masonería brasileña de fines de siglo debía ser, como lo es ahora, religiosa pero liberal, progresista, en conformidad con la divisa racionalista de los Estados Unidos del Brasil «Ordem e Progreso». En este sentido debía de oponerse al dogmatismo y fanatismo de los yagunzos de Canudos.

El libro de Vargas Llosa denuncia, pues, en un primer grado, el fanatismo político religioso. Es una llamada a la humana tolerancia para los generosos de cualquier opinión que se sacrifican por su ideal, como el Consejero, el Anarquista escocés y hasta el Periodista-cronista de Bahía, quien, al detallar las atrocidades cometidas por ambos bandos, condena cualquier forma de violencia.

En un segundo grado, *La guerra del fin del mundo* denuncia las injusticias sociales, la profunda miseria de los pobres campesinos del Nordeste brasileño, cuya situación actual no dista mucho del siglo pasado y podría provocar una nueva rebelión, un alzamiento mucho más violento que el anterior.

El sinsentido impregna toda la historia de la novela. Canudos simboliza el primitivismo más irracional que no puede comprender la República. Tiene ella, para Canudos, la forma incomprensible del Mal y del Demonio, la animalidad y la deshumanización del hombre.

La novela quiere, pues, revelar la falsedad de ambas visiones y la inaptitud de los hombres y de los grupos sociales para entenderse entre ellos. En este sentido puede aparecer como una forma de escepticismo para todos los movimientos de guerrillas que luchan actualmente por toda Ibero-América para tentar de cambiar con las sociedades actuales, incapaces de satisfacer los anhelos de mayor justicia social de los más pobres de ellas.

Con otras palabras, la conclusión de la obra es que *ni la fe ni la razón* garantizan exclusivamente la corrección de la interpretación del mundo.

La novela postula, pues, el relativismo, la tolerancia y la condena de cualquier forma de fanatismo y de violencia.

ANDRÉ JANSEN

Rijksuniversiteit Antwerpen